

## Planeta 5: Las mujeres que cuidan

En el planeta número cinco  
que visitó la principita  
había un pueblito.

En el centro del pueblo  
había una plaza rodeada de casitas.  
Cada casita tenía su color  
y todas tenían los marcos  
de las ventanas blancos.



No había nadie por la calle  
y la principita pensó  
que debía ser la hora de la siesta.  
Aprovechó para dar un paseo  
mientras la gente se despertaba.

En el centro de la plaza  
había un **templete**  
cubierto de hojas secas.  
Parecía que nadie lo usaba  
desde hace mucho tiempo.  
¡Qué pena! Pensó la principita,  
un templete es un lugar perfecto  
para contar historias.

Flores y **hierbajos** crecían  
entre las grietas  
de las calles **empedradas**.

Un montón de cuerdas  
de tender cruzaban las calles  
de una ventana a otra.  
La principita tenía que agacharse  
para poder caminar.

Papelitos, cestas y paquetes  
de todo tipo colgaban  
de las cuerdas de tender.

Un **templete** es  
un lugar con  
techo y sin  
paredes que  
se utiliza para  
actos públicos,  
actividades  
culturales y  
bailes.

Los **hierbajos**  
son las  
hierbas  
que no se  
quieren  
y se arrancan  
en los  
jardines.

Una calle  
**empedrada**  
es una calle  
hecha con  
piedras.

Así que, la principita sabía  
que el pueblo no estaba abandonado.  
Pero parecía que nadie paseaba  
por sus calles  
desde hace mucho tiempo.  
Estaba confusa.

La principita agarró un papelito  
y leyó: “¿Tienes hilo rojo?  
¡Qué manera más divertida  
de comunicarse!, pensó.

Después de un buen rato  
y de haber leído varios papelitos,  
ya no le parecía tan divertido.  
Echaba de menos hablar con alguien.

La principita siguió caminando,  
cogió otro papelito  
de otra cuerda de tender  
y leyó:  
“El bizcocho estará listo a las 5”

La principita tenía hambre  
y cuando se tiene hambre  
dan ganas de comer un bizcocho.  
Así que, miró por la ventana  
y vio una gran mesa llena de dulces  
dentro de la casa.

Golpeó el cristal varias veces,  
pero nadie contestó.  
Entonces llamó a la puerta  
de la pastelería.

**principita** — ¡Hola! ¿Hay alguien?

Sonaron ruidos dentro de la casa,  
pero nadie contestó.

**principita** — ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Nadie contestó.  
Empezaba a sentirse muy sola.

**principita** — ¡Necesito ayuda!

Gritó la principita,  
sin saber qué más hacer.

Entonces, la puerta se abrió  
y unos brazos fuertes la agarraron  
y la metieron dentro de la casa.

Los brazos la soltaron  
y cayó sobre cojines muy blanditos.

La principita levantó la vista.  
La sujetaba una mujer grande y fuerte  
que la miraba con ojos grandes y alegres.  
Debía ser la pastelera,  
¡porque tenía harina  
hasta en las orejas!

Alrededor había otras mujeres  
que la miraban con curiosidad.

**pastelera** — ¿Cómo te podemos ayudar?

La principita recordó  
que había pedido ayuda.

**principita** — Tengo un poco de hambre.

**pastelera** — ¡Pobrecita!  
¡Tienes que comer!

Todas las mujeres se pusieron a cocinar.  
Una mujer lavaba los tomates,  
otra cortaba la cebolla,  
otra calentaba el aceite en la sartén.

La principita las miraba  
con curiosidad desde los cojines.  
En realidad, estaba muy cansada  
y sin darse cuenta,  
se quedó dormida.



Al cabo de un rato,  
una mano amable despertó  
a la principita.

**pastelera** — La comida está lista.  
Ahora tienes que comer.

**principita** — Estoy muy cansada.  
¿Puedo dormir un poco más?

**pastelera** — No, es la hora de comer.

La mesa estaba llena  
de platos diferentes.

La principita se sentó  
y esperó a que se sentaran las mujeres,  
pero ellas seguían de pie  
y la miraban sonriendo.

**principita** — ¡Qué buena pinta tiene todo!

Las mujeres contestaron  
todas a la vez:

**mujeres** — ¡No hay de qué!  
— ¡Es un placer!  
— ¡No nos ha costado nada!

La principita pensó  
que muchos de los platos  
parecían muy complicados.  
Seguro que las mujeres trabajaron  
y se esforzaron mucho  
para hacerlos,  
pero no quiso insistir más.

**principita** — ¿Y vosotras?  
¿No coméis?

**pastelera** — Nosotras ya hemos comido.  
Todo esto es para ti.

La principita comió con ganas  
mientras las mujeres la miraban contentas.  
La principita cortaba pan,  
untaba queso,  
metía la cuchara en las lentejas,  
pinchaba en la ensalada.  
Comió todo lo que tenía  
sobre la mesa.

**principita** — Está todo delicioso,  
pero ya no quiero más.

**pastelera** — ¡Pero si has comido muy poco!  
Toma, prueba el pastel de zanahoria.

El pastel olía muy bien.  
La principita se sirvió un pedacito.

**principita** — Ahora sí que estoy llena.

**pastelera** — ¡Pero si todavía no has probado el gazpacho!

**principita** — He tomado 2 vasos de gazpacho.

**pastelera** — Entonces te falta probar el **salmorejo**.  
Y le ponemos un poquito de jamón y huevo.

El **salmorejo** es una sopa fría de verduras. Se parece al gazpacho.

El estómago de la principita rugió.  
Parecía una protesta ante la idea de comer más.

La principita estaba muy llena, pero las mujeres la miraban tan **expectantes** que se comió el plato de salmorejo.

Las mujeres empezaron a recoger la mesa y la principita se sintió aliviada de no tener que comer más. Cerró los ojos un momento, solo un momento.

Estás **expectante** cuando esperas algo con muchas ganas.



Cuando abrió los ojos de nuevo,  
se encontró la mesa cubierta  
de un montón de postres diferentes.

La principita los miró asustada.  
Si tomaba un bocado más,  
¡explotaría!  
Tampoco quería ofender  
a esas mujeres tan amables.

Entonces, tuvo una idea:

**principita** — No me encuentro bien.  
Creo que tengo fiebre.

Las mujeres, muy preocupadas,  
volvieron a responder todas a la vez:

**mujeres** — ¡Pobrecita! ¡Túmbate aquí!  
¡Tómate esta infusión!  
¡Quédate ahí descansando  
y nosotras nos ocupamos de todo!

A la principita le dio pena mentirles,  
pero no veía otra manera  
de parar de comer  
sin ofender a nadie.

Se tumbó en una cama  
delante de la chimenea  
y se quedó dormida mirando el fuego.

Quizás por la pesada digestión  
o por el agotamiento del viaje,  
la principita tuvo muchas pesadillas.

Soñó con las personas  
que había conocido en su viaje.  
Aparecían en sus sueños  
con muchas púas,  
como su cactus.  
Las imágenes del viaje se mezclaban  
con recuerdos de su propio planeta.

La principita se despertó de golpe,  
sudando y **agitada**.

La pastelera la ayudó  
a ponerse de pie.  
Miraba a la principita  
con cara de preocupación.

Estar **agitada**  
es estar  
nerviosa y  
no poder  
parar de  
moverse.

pastelera — ¿Estás bien?

principita — No, necesito salir  
y tomar el aire.

pastelera — No puedes salir.  
Estás enferma  
y te vas a poner peor.  
Siéntate aquí,  
te preparo una infusión

La pastelera sentó a la principita  
al lado de la ventana.

Era de noche

pero la principita no veía una sola luz  
por la ventana.

Las calles no estaban iluminadas.

principita — ¿Por qué no hay farolas?

La pastelera tardó un poco en contestar.

pastelera — Porque sin luz  
las estrellas se ven mejor.

La principita pensó  
que era una razón maravillosa.

principita — Me encantan las estrellas.  
¿Salimos a verlas?

pastelera — Las puedes ver desde aquí.

principita — ¿No salís nunca a verlas?

pastelera — Es tarde.  
Tómate la infusión  
y vuelve a la cama.

La principita decidió no preguntar más  
y se tomó la infusión en silencio.

Unas horas después,  
cuando todo el mundo dormía,  
la principita se acercó  
a la puerta de la casa.  
Intentó abrirla, pero no pudo.  
¡Estaba encerrada!

La principita estaba confundida,  
pero pensó que, en realidad,  
esa casa no era un lugar tan malo  
para estar encerrada.  
Había otros lugares peores,  
como una isla desierta  
en medio de un océano  
o una clase llena de estudiantes  
de violín de primer año.

Además, en algún momento,  
alguna de las mujeres tendría  
que salir de casa ¿no?  
Y la principita aprovecharía  
para escapar de la casa.  
Solo tenía que esperar.

Con las primeras **luces de la aurora**,  
la casa empezó a despertarse.  
La pastelera fue la primera  
en entrar a la cocina.  
Encendió la chimenea  
y saludó a la principita,  
que fue casi tan **madrugadora**  
como ella.

Las **luces de la aurora** son las luces blancas que aparecen en el cielo por la mañana temprano antes de que salga el sol.

Una persona **madrugadora** es una persona que se levanta muy pronto.

**pastelera** — Buenos días.  
¿Has dormido bien?

**principita** — Buenos días.  
Sí, ¿y tú?

**pastelera** — ¿Qué quieres desayunar?

**principita** — Cualquier cosa está bien.  
¿Has dormido bien?

**pastelera** — Tenemos leche y galletas.

**principita** — Perfecto, gracias.  
¿Has dormido bien?

La pastelera la miró con sorpresa  
y finalmente respondió  
con inseguridad.

**pastelera** — Sí, claro, he dormido bien.

A la principita le pareció divertido  
ver a la pastelera tan sorprendida  
y probó a preguntar otra cosa:

**principita** — ¿Qué vas a desayunar?

**pastelera** — Te voy a poner 2 tostadas  
con mermelada también.

**principita** — ¿Y tú qué vas a desayunar?

**pastelera** — ¿Mermelada de mora  
o de melocotón?

**principita** — De mora.  
¿Qué vas a desayunar tú?

La mujer dejó el desayuno a medias  
y miró muy asombrada a la principita.

**pastelera** — Yo no desayuno ahora,  
tengo que hacer la compra.

**principita** — Pues te acompaño.

**pastelera** — ¿A dónde?

**principita** — Pues a comprar.

La pastelera soltó una carcajada.

**pastelera** — No hace falta ir  
a ninguna parte,  
pedimos la compra desde aquí.

La pastelera escribió  
en un papelito la lista  
de todos los productos  
que necesitaba.

Abrió la ventana,  
colgó el papelito con una pinza  
en una cuerda y la corrió  
hasta que el papelito llegó  
a la ventana de enfrente.

De la ventana asomó una mano  
que agarró el papelito.  
Después de un rato,  
La ventana se volvió a abrir  
y alguien colgó una cesta  
con comida en la cuerda  
y se la mandó a la pastelera.

**principita** — ¿Por qué no vamos a la tienda?

**pastelera** — Nosotras no salimos nunca.

**principita** — ¿Por qué?

**pastelera** — Porque es peligroso.

**principita** — ¿Por qué?

**pastelera** — Porque pasan cosas.



principita — ¿Qué cosas?

pastelera — Eres muy pequeña.  
No te lo puedo contar.  
Lo entenderás cuando seas mayor.

principita — Puedo entenderlo todo.  
Solo tienes que explicarlo  
de forma adecuada.

pastelera — Ya basta de tanto hablar.  
Ponte a desayunar  
y cómetelo todo.

La principita se sentó a la mesa.  
La verdad es que tenía hambre,  
a pesar de todo lo que había cenado.  
¡Lo que puede comer  
una principita tan pequeña!  
Es de verdad sorprendente.

Mientras la principita desayunaba,  
más mujeres entraban en la cocina.  
Cada vez que una entraba,  
le preguntaba a la principita  
si estaba bien,  
le ponía la mano en la frente,  
le preparaba otra tostada  
y le llenaba el vaso de leche.

Cuando la principita acabó  
de desayunar por fin,  
quiso recoger la mesa,  
pero la pastelera la interrumpió.

**pastelera** — Deja eso, ya me encargo yo.  
Tú vete a jugar por ahí.

La principita había aprendido  
que no servía de nada insistir.

Fue a explorar el resto de la casa.  
Entró en una habitación tras otra  
y en todas había una mujer  
ocupada en sus tareas.  
¡Así es un aburrimiento explorar,  
siempre hay alguien alrededor!

Después de 2 días  
sin un rincón donde estar sola,  
la principita decidió  
que era el momento de marcharse.

La principita tenía una cosa clara:  
su viaje no terminaba  
delante de una mesa llena de comida,  
por muy deliciosa  
y apetecible que fuera.

Miró a las mujeres con cariño.  
La trataban muy bien  
y se preocupaban por ella.  
Pero la principita necesitaba aventuras  
y experiencias nuevas  
para decidir quién quería ser.

Es importante decidir quién quieres ser.  
Menos mal que la principita lo sabía  
y pensó un plan para liberarse.

La noche del tercer día,  
la principita se escondió  
en un baúl muy grande.

Por la mañana, las mujeres buscaron  
y buscaron a la principita  
y no la encontraban por ningún lado.  
¡Menudo susto se llevaron!

Registraron toda la casa.  
Estaban desesperadas.  
La pastelera, incluso abrió  
la puerta de la calle  
para llamarla a gritos,  
a pesar del miedo que tenía.

¡Esa era la oportunidad  
para escapar!

La principita salió del baúl  
y se acercó con **disimulo**  
hasta la puerta de la calle.

Las mujeres estaban tan asustadas,  
que ni siquiera la vieron.  
La principita se escabulló  
entre sus piernas  
y salió a la calle.

¡Llevaba 3 días encerrada!  
La principita tomó aire  
y sus ideas empezaron  
a despertarse.

En la casa,  
las mujeres seguían asustadas.  
La llamaban y buscaban  
con desesperación.  
Los gritos se oían  
en todo el pueblo.

Con el ruido,  
empezaron a abrirse ventanas  
en otras casas.  
Se cerraban tan rápido,  
como se abrían.

Con **disimulo**  
es ir despacio  
sin que nadie  
se entere.

La principita no podía creer  
que nadie pisara la calle todavía  
¡Qué pena!  
Se están perdiendo un día  
de sol y paseo maravilloso!  
Pensó la principita.

Cuando la principita es libre  
y está a gusto,  
tiene sus mejores ideas.  
Ese día tuvo una idea  
de las más divertidas.

Empezó a correr  
de una cuerda a otra.  
Cambiando los papelitos  
y las cestas de lugar  
de todo el pueblo.

Quien pidió arroz,  
recibió tomates.  
Quien pidió un pastel,  
recibía lechuga y coliflor.  
Coliflor para el postre,  
¡Imagina la cara  
de la pobre mujer!

El pueblo era muy pequeño  
y la principita era muy rápida.  
No tardó ni una hora  
en ponerlo todo **patas arriba**.

Para terminar la travesura,  
la principita cogió una cuerda  
de cada casa  
y la ató al templete,  
en medio de la plaza.  
Luego se sentó allí a esperar.

Poco a poco,  
aparecieron mujeres temerosas  
desde todas las casas del pueblo.  
Cuando encontraron  
a la principita sana y salva,  
se sintieron contentas y tranquilas.

Se estaban olvidando del miedo.

Cuando todas habían llegado,  
la principita les invitó  
a sentarse con una sonrisa.  
Entonces, les contó su viaje.

Poner algo  
**patas arriba**  
quiere decir  
cambiar todo  
de lugar y  
dejarlo  
revuelto.

Les habló de su cactus,  
del maniquí de plástico,  
de los hombres debajo  
de una sombrilla,  
de la mujer hermosa,  
que le enseñó el camino al mar,  
y de otras muchas cosas.

Las mujeres escuchaban maravilladas.  
Era la primera vez  
que oían hablar  
de planetas tan hermosos.

Cuando la principita terminó  
de contar su historia,  
se había hecho de noche  
y se quedaron en la plaza  
mirando las estrellas.

Era la primera vez  
que las mujeres miraban estrellas  
sin un cristal delante.

¡Cuántas primeras veces en un día  
y cuántas emociones nuevas!  
Cuando hay tantas emociones  
sobran las palabras,  
lo único que hace falta es compartir.

Las mujeres se quedaron allí,  
en la plaza,  
todas juntas,  
mirando estrellas toda la noche.

Con las primeras luces del **alba**,  
la principita anunció  
que quería seguir su viaje.  
Una por una,  
las mujeres se despidieron  
con todo su cariño.

La principita regaló la historia  
de su viaje  
y las mujeres recibieron  
un cielo enorme lleno de estrellas,  
al que mirar sin un cristal delante.

El **alba** es  
el amanecer.



Las mujeres regalaron sus **mimos**  
y la principita recibió un corazón caliente  
y una barriga llena.

Todas ganaban  
y todas se sentían agradecidas.

La pastelera fue la última mujer  
que se despidió de la principita.  
Le dio una capa de colores brillantes.

**pastelera** — Esta capa es un regalo  
de todas nosotras  
para que te abrigues con ella  
si tienes frío durante tu viaje.

La principita se puso en marcha  
y echó un último vistazo al pueblo.  
Vio a las mujeres cortar las cuerdas  
y abrir puertas y ventanas.

Llamamos **mimos** a las cosas que haces por alguien para cuidarle y quererle, aunque sean cosas que puede hacer por sí misma.